



Puentes

Leslie
Apablaza
Schmidt

Eso que pasa cuando nos pasa

Leslie Apablaza Schmidt

Licenciada y titulada como Profesora de Danza en la Universidad de Arte y Ciencias Sociales, ARCIS. Dentro de su rol docente ha desarrollado su búsqueda desde la improvisación en danza, junto a su profundización dentro de las terapias corporales (Osteopatía Tibetana, Acupuntura, entre otros), logrando vincular la danza y la visión energética holística en el cuerpo. En los últimos años ha comenzado una investigación en relación a la atención del estado presente para el movimiento llamado Prácticas Presentes. Entre los artistas que han marcado su camino profesional están: Lorena Hurtado (Chile), María de los Ángeles Nachar (Chile) y Gabriela Aldana-Kekoni (Chile-Finlandia).

“Tal vez reivindicar la experiencia sea también reivindicar un modo de estar en el mundo, un modo de habitar el mundo, un modo de habitar, también, esos espacios y esos tiempos cada vez más hostiles que llamamos espacios y tiempos educativos. Unos espacios que podemos habitar como expertos, como especialistas, como profesionales, como críticos. Pero que, sin duda, habitamos también como sujetos de experiencia. Abiertos, vulnerables, sensibles, temblorosos, de carne y hueso. Unos espacios en los que, a veces, sucede lo otro, lo imprevisto. Unos espacios en los que a veces vacilan nuestras palabras, nuestros saberes, nuestras técnicas, nuestros poderes, nuestras ideas, nuestras intenciones. Como en la vida misma” (Larrosa, 2006, p. 111).

Al final del proceso de escuela en ARCIS, Gonzalo Hurtado, profesor y amigo, nos dijo algo como esto: ahora es cuando recién comienza el camino, y es esencial que dejen constantemente aparecer una mente de principiante. Ese mensaje cada vez resuena de manera más significativa, pues en la medida en que creo que una etapa ya tomó consistencia, forma o aprendizaje, surge todo lo contrario, la mente de principiante. Quizá me vinieron bien esas palabras y de algún modo se alojaron en mí, pues no he encontrado otra manera de hacer las cosas sino volviendo a ese estado en que a cada momento se gesta una posibilidad de aprendizaje, dejando abierto de par en par para permitir que sucedan cosas, para permitirme estar receptiva y dispuesta a la incertidumbre.

También cuando he tenido que tomar coraje para escribir desde las entrañas y los recuerdos porque es un ejercicio en donde el pudor me acompaña. Pero no podría realizarlo de otra manera, pues para narrar desde la experiencia me es necesario escribir escribiéndome.





Cuando invito la palabra corporal a participar de este texto lo hago con la finalidad de relatar esa mirada holística que podría tener que ver con experiencias y aprendizajes significativos, que toman lugar de manera no formal y que tienen que ser vividas, sentidas y cruzadas en el cuerpo. Mi intención, a partir de estas líneas, es poder compartir(me) desde un viaje con el que he resonado en los últimos años y que, como mancha de tinta caída sobre una superficie blanca, ha ido moteando facetas vinculadas a la docencia, al proceso creativo y a las relaciones humanas. A ratos surgirán un montón de recuerdos, pues me he servido de ellos para poder construir estas líneas, confiando en que ese relato que emerge, en algún punto se conecte o interprete de manera acertada con aquello similar a las huellas que constituyen al lector.

La dimensión docente ha sido una de las grandes maestrías con las que he podido trazar un paisaje, pues cada vez que me enfrente a ese otro (el estudiante) que está confiando y dispuesto a recibirme, me ha hecho reflexionar profundamente en los vínculos como lugar de afecto y propiciador de aprendizajes, o más bien constructor en ellos. Solo en la medida que ambas partes acuerdan permitirse el uno en el otro, es que suceden transformaciones. Aparecen colores, formas y cuestiones que sorprenden si estamos atentos y abiertos a dejarnos tocar por ello.





El rótulo profe, como se refieren a mí (nosotros), me otorga poder y responsabilidad de acompañar la acción de abrirnos a la vulnerabilidad de ese vínculo que, al mismo tiempo, es un ejercicio de confianza en que se está por su propia voluntad, ingresando en un espacio en que, indistintamente, dejas que te observen y confías en la guía y facilitación de ese profesor (habiendo vivido la otra cara de la experiencia, o karma), confías en que las palabras, tareas y sugerencias que realiza, te llevarán a puerto, o quizá no.

Por nuestra parte, la del pedagogo, aprendes a confiar en la incertidumbre, en que el papel aguanta mucho, y además sirve para desarmarlo; que la planificación o mapa de ruta se debe ir transformando en una caja de herramientas que sabes que está ahí, pero no cuándo ni en qué orden la usarás. Ni siquiera si todas esas herramientas (estrategias, actividades) serán usadas, puesto que te falta estar frente a ese otro, ese día, en ese momento. La improvisación aparece en esa decisión de aula. Ese instante en que los estudiantes (o quien sea el sujeto) están atentos y absortos, donde uno debe romper ese silencio con algo lo suficientemente relevante como para convertirlo en sonido o movimiento; es una responsabilidad que genera vértigo, sin embargo, cuando va ocurriendo solo se da y es posible disfrutarlo.

Durante un período me describía a mí misma como la oveja negra en algunos contextos de formación en danza, pues para mí (y no digo que esté bien o mal, pero me hace sentido y cada vez más) no es relevante cuántos giros dar o cuán alta es la pierna en un grand battement pues aquello, como ejecución y técnica de un hacer, se puede lograr entrenando, pero sí me importa validar el proceso, comprender y experimentar en el día a día, que las frustraciones tienen un componente valioso, que es mostrarte cuál es la expectativa que te hace sufrir y que se ha construido como ideal muy distinto a los tiempos y particularidades con las que se trabaja y elabora un proceso compartido, y a la vez único, irrepetible e intransferible. Eso que pasa al enfrentarse con todo el cuerpo a una experiencia es particular, es necesario y no debería tener un juicio ni categoría. Solo es, en tanto acontece en un sujeto.



Hace muy poco la imagen más clara para invitar a los estudiantes a transitar por este nuevo vínculo, que se generaba al iniciar un curso, era pensar la asignatura como un barco en el que ese día se convertían en tripulantes. Existía un mapa, trazado previamente, pero que, sin duda, un montón de decisiones de ruta dependería de ellos, de todos. Anclar para ver un atardecer, pasar más o menos lento una tormenta, etcétera. Es necesario ser consciente del punto de inicio y más o menos del punto final, pero todo aquello que sucedería entremedio, en el proceso, en la trayectoria entre la quietud inicial y la final de un movimiento, otorgaría el foco relevante y de importancia sobre la experiencia de enseñanza-aprendizaje y la protagónica incertidumbre.



Mirar, mirar y volver a mirar. Hace poco, conversando con algunos estudiantes de danza comentábamos lo que sucede con la improvisación y la dimensión que se construye cuando se trabaja con un otro. Además de tener que generar ese espacio de fragilidad del que he venido escribiendo, donde ambos deben permitirse paso, está esa intuición puesta en juego, donde mediante lo que observas, percibes o crees, defines cómo acompañar. ¿Qué necesita? ¿Mi mano en su espalda tiene suficiente presión? ¿Deberé ser más sutil? ¿Y si respiro con él/ella?... Diría que varias de estas preguntas aparecen, pero no como lenguaje ni palabras, solo se van modulando y conjugando unas con otras mientras estás ahí. Si tuviéramos que imaginar un cenital (luz), tiendo a pensar que nos salimos de él para dejar que el otro aparezca, acompañando, atento y arriesgando sin certeza, que lo que decido es lo que ese otro necesita. Cuando cambias de rol es lo mismo, solo que inviertes el estado, te cobijas en la compañía del otro y confías para poder dar paso a tu danza, al movimiento y a eso efímero que nos mueve, dejándote sorprender como la primera vez.

Concluyendo, no es casual entonces que las palabras de Gonzalo vuelvan a tomar cuerpo: dejar de manera constante aparecer la mente de principiante. 

Texto: Leslie Apablaza Schmidt, año 2018
Fotografía: Osvaldo Medina Arenas

dejar de
manera
constante
aparecer
la mente de
principiante.

